

sas con vehemencia, me correspondían los resultados. Jamás me arredraron los inconvenientes y venciendo éstos obtuve ventajas sobre los demás hombres, porque dependiendo indudablemente la voluntad del temple de cada individuo, ninguno es dueño de dominarla.

Mi juicio me conducía á detestar las ilusiones: descubría siempre la verdad á primera vista, y por esa razón he conocido mejor que otros la esencia de las cosas. Para mi ha existido el mundo sólo en el hecho, y no en el derecho. Era único por mi naturaleza y me consideraba tal.

No traté de inquirir el partido que podía sacar de los estudios; y en realidad de nada me han servido sino de aprender métodos. De las matemáticas saqué algún fruto; lo demás me fué absolutamente inútil, pero estudiaba por amor propio. No obstante esta verdad, mis facultades intelectuales se desarrollaban sin advertirlo, consistiendo sólo en la gran movilidad de las fibras de mi cerebro: discurría con más viveza que los demás, sobrándome tiempo para reflexionar, y en esto ha consistido mi profundidad.

Mi imaginación era demasiado activa para distraerse con las diversiones ordinarias de la juventud; y aunque no me extrañaba absolutamente de ellas, buscaba otras cosas de mayor interés. Esta disposición me colocó en una especie de soledad en que no encontraba sino mis propios pensamientos, siéndome habitual en todas las situaciones de mi vida semejante modo de existir.

Me dediqué á resolver problemas, y los buscaba en las matemáticas, pero siendo extremadamente limitado el orden material de ellas, bien pronto encontré multitud de ellos. Traté de sacarlos del orden moral, y ese fué el trabajo que me produjo mejores efectos, haciendo en mi una disposición constante á la que he debido los grandes progresos en política y guerra.

Destinado á las armas por mi cuna; me pusieron en las escuelas militares. Al principio de la revolución obtuve una tenencia, y ningún título he recibido después que me haya causado mayor placer. El colmo de mi ambición se limitaba entonces á llevar algún día una charretera de canelones sobre cada uno de mis hombros, pareciéndome un coronel de artillería el *Non plus ultra* de la grandeza humana.

Era muy jóven en aquel tiempo para tomar interés en materias políticas. Aun no tenía opinión del hombre en masa, y por eso ni me sorprendía, ni atemorizaba el desórden que reinaba en aquella época, no pudiéndola comparar con otra alguna. Me acomodaba con lo que veía, y era fácil á las impresiones. Me destinaron al ejército de los Alpes, que nada hacia de cuanto debe hacer un ejército, puesto que desconocía la disciplina y la guerra, por consiguiente no podía encontrarme en peor escuela. Es cierto que no teníamos enemigos que combatir y que no era otro nuestro cargo que impedir á los piemonteses el paso de los Alpes; cosa demasiado sencilla.

La anarquía reinaba en nuestro campamento: el soldado no tenía respeto alguno al oficial: el oficial tampoco se lo tenía al general, estos cada día eran depuestos á merced de los representantes del pueblo, y el ejército no concedía sino á los últimos la idea del poder, que es, entre todas, la mas fuerte sobre el juicio humano. Conocí desde luego el peligro de la influencia civil sobre el militar, y supe precaverme de él.

No se debía al talento, sino á la charlatanería, la adquisición de crédito en el ejército, dependiendo todo de este favor popular que se obtiene á voces; y como jamás mis sentimientos han sido comunes con los de la multitud, que son los que producen la elocuencia de las calles, ni he tenido el talento de conmovier al pueblo, nada suponía en dicho ejército, y tenía más tiempo para entregarme á mis reflexiones.

Estudiaba el arte de la guerra sobre el terreno y no sobre el mapa. La primera vez que me hallé en acción fué en una escaramuza de fusileros al lado del monte Ginebra. Las balas fueron pocas, y mal dirigidas, no causando en los nuestros otro daño que el de algunos heridos. Esta acción no me sorprendió, porque examinándola atentamente, conocí que era despreciable; infiriendo que por ninguno de ambos partidos hubo intención de sacar resultado de aquel tiroteo, practicado sólo por cumplir con el uso de la guerra.

Me desagradó la nulidad de este objeto, y enardecido por la resistencia, reconocí el terreno, tomé el fusil de un herido, y persuadí al capitán que nos mandaba sostuviese el fuego, interin yo iba á cortar la retirada á los Piamonteses. Parecióme fácil ganar una altura que dominaba su posición, atravesando un pequeño bosque sobre que se apoyaba nuestra izquierda. El capitán hizo ganar terreno á su tropa, obligando al enemigo á recular sobre nosotros, en cuyo momento, descubriendo la mía, le causamos mucha molestia en la retirada, matándole algunos hombres y haciéndole 20 prisioneros.

He referido mi primer hecho de armas, no para deducir que me valiese el grado de capitán; sino para dar á entender que me inicio en los secretos de la guerra, conociendo desde aquel momento que era más fácil que lo que yo creía el batir al enemigo, y que este grande arte consistía en no titubear en la acción, y sobre todo, en no emprender sino movimientos decisivos, pues de este modo se conduce mejor al soldado.

Habiendo salido tan bien de esta primera empresa, me creí un hombre experimentado, y desde entónces encontré más atractivos en un ejercicio que tan buenos resultados me ofrecía. Hubiera querido al mismo tiempo estudiar el arte de la guerra en los libros, pero carecía de ellos. Procuraba recordar lo poco que había leído en la historia, y comparaba su relato con

el cuadro que se me presentaba á la vista, haciéndome una teoría de la guerra que el tiempo ha desenvuelto, y jamás desmentido.

Llevé esta vida insignificante hasta el sitio de Tolón, en el que siendo ya jefe de batallón podía como tal, tener alguna influencia sobre su resultado.

Jamás hubo ejército peor dirigido que el nuestro: no se sabía quién lo mandaba: los generales no se atrevían á hacerlo por temor de los representantes del pueblo, y éstos lo tenían todavía mayor á la comisión de Salud pública: los comisarios andaban al pillage; los oficiales se embriagaban y los soldados se morían de hambre; pero se hacían indiferentes á todo, y conservaban su intrepidez: aquel desórden los ponía en el caso de tener más valor que disciplina, y esta experiencia me convenció de que los ejércitos mecánicos nada valen, como ellos mismos lo han acreditado. Todo se hacía en el campo por mociones y por aclamación, y aunque este modo de deliberar era para mí insostenible, no pudiendo impedirlo, caminaba sin detención á mi propósito.

Quizá era yo sólo en el ejército quien se proponía un objeto, pero no tenía otro placer que el llevarlo en todas mis acciones. Me ocupaba en examinar la posición del enemigo y la nuestra: comparaba los recursos morales de ambos partidos, y conocí que los teníamos todos, y los contrarios ninguno; siendo su expedición el fruto de un miserable cálculo cuya catástrofe debió él mismo congeturar, sin necesidad de otra prueba de debilidad que la previsión anticipada de su derrota.

Yo buscaba los mejores puntos de ataque; calculaba el alcance de nuestras baterías, é indicaba las posiciones que debían ocupar: los oficiales experimentados en la guerra las creían peligrosas; pero ya estaba convencido de que no es la experiencia la que gana las batallas: me obstiné en mi plan y lo presenté á Barrás que lo aprobó, porque quería acabar de una vez, y

porque la Convención no le pedía cuenta de los muertos y heridos; sino de los resultados.

Mis artilleros eran valientes y sin experiencia, que es la mejor disposición del soldado: nuestros ataques surtieron buen efecto, intimidando al enemigo que nada se atrevió á intentar contra nosotros: nos disparaba sin conocimiento algunas balas que cayendo indeterminadamente no nos hacian daño alguno, y por el contrario mis fuegos eran mejor dirigidos, poniendo yo al efecto todo el celo posible, porque del resultado esperaba mis adelantos, y porque me interesaba el buen suceso, sólo por la gloria de tenerle. Pasaba el tiempo en las baterías y dormía en sus espaldones, persuadido de que nada se hace mejor, que lo que se ejecuta por uno mismo. Los prisioneros que hacíamos nos informaban de que en Tolón todo estaba en desórden, y al fin los enemigos abandonaron la plaza de una manera espantosa.

Habíamos contraído méritos en favor de la patria, por cuya razón me hicieron General de Brigada, y casi á un tiempo fuí empleado, denunciado, depuesto y hecho el juguete de las intrigas y de las facciones, hijas de la anarquía que detestaba, y que entonces se hallaba en el más alto grado. Este gobierno asesino era tan contrario á mi carácter, como absurdo y destructor: era una revolución perpetua en que ni aún los que la dirigían podían establecerse de un modo permanente.

Viéndome General sin destino, me dirigí á París, donde únicamente podía obtenerlo, y me hice del partido de Barrás, única persona á quien conocía. Robespierre había muerto, y hallándose Barrás en concepto era preciso que me uniese á quien tenia valimiento.

Se preparaba la empresa de las secciones en lo que yo no tomaba particular interés; porque llamaban menos mi atención los negocios políticos que los de la guerra, y no pensaba en tener influjo en aquellos; pero

Barrás me propuso que mandase bajo sus órdenes, la fuerza armada contra los revoltosos, y no pude menos de aceptar la comisión, prefiriendo ponerme á la cabeza de las tropas en calidad de General, antes que tomar partido en las secciones.

Sólo contábamos con un puñado de hombres y cuatro piezas de artillería para guardar la sala de gobierno, y habiéndose propuesto (por su desgracia) atacarnos una columna de seccionarios, mandé hacer fuego sobre ellos, poniéndolos en fuga y persiguiéndolos hasta entrarse por las gradas de San Roque, á las que no pudo pasar (por razón de la estrechez de la calle), sino una pieza de artillería con la cual se continuó el fuego, dispersando aquella turba, de la que murieron algunos; quedando todo terminado en menos de diez minutos.

Este acontecimiento, aunque pequeño, tuvo grandes consecuencias, pues impidió que la revolución retrogradase, y me puso en el caso de hacerme de su partido, respecto á que ya me había batido por ella: principié á calcularla y me convencí que triunfaría, porque tenía en su favor la opinión, el número y la intrepidez.

Aquella empresa me elevó al grado de General de División, y me dió cierta consideración popular; pero como el partido vencedor no se creía seguro, aun después de la victoria, me obligó á permanecer en París á mi pesar, pues la ambición me inclinaba á hacer la guerra en mi nuevo grado.

A su consecuencia subsistí en París sin relaciones, y sin introducción en otra sociedad que la de Barrás, donde era bien recibido y donde por primera vez conocí á mi esposa, que ha tenido gran influencia en los acontecimientos de mi vida, y cuya memoria me será siempre agradable.

Yo no era insensible á las gracias del bello sexo; pero no había hasta entonces recibido sus halagos, y era

tímido por carácter. Madama de Beauharnais fué la primera que me inspiró confianza, dando principio por dirigirme expresiones interesantes sobre mis conocimientos militares un día que me hallaba á su lado. Este elogio me embriagó en términos que siguiéndola por todas partes, me declaré su apasionado, pero antes de manifestárselo ya toda la sociedad se había penetrado de ello.

Mi pasión se divulgó, Barrás me habló de ella y yo no tuve motivos de negársela: "En este caso (me dijo) es necesario que os caseis con Madama de Beauharnais: teneis graduación de talentos; pero sois sólo, sin relación y sin bienes, nada hay más racional: "Madama de Beauharnais es agradable y despejada; pero es viuda en cuyo estado no tienen mérito las mujeres, siendo necesario que se casen para ser apreciables: teneis representación y hareis carrera, y por consecuencia le sois un partido conveniente, ¿Quereis que me encargue de esta negociación?"

Esperé con ansia el resultado, que me fué favorable: Madama de Beauharnais me concedió su mano, y si he tenido momentos de felicidad en mi vida, á ella se los he debido. Después de mi matrimonio variaron mis circunstancias.

Bajo el mando del Directorio se había restablecido un nuevo método de órden social, en el que yo ocupaba un destino bastante elevado, y por lo tanto tenía una legítima ambición para aspirar á todo; sin embargo no aspiraba á otra cosa. que á obtener un mando de jefe, porque nada es el hombre si no se halla revestido de consideración militar: me creía seguro de hacer la mia; porque me conocía instinto guerrero; pero me encontraba sin derecho para solicitarlo: era necesario adquirirlo, y en aquel tiempo no era difícil.

El ejército de Italia se miraba con desprecio, porque á nada se le destinó, y me propuse ponerle en movimiento para atacar al Austria por el punto en

que se creía más segura: esto es por la misma Italia.

El Directorio se hallaba en paz con la Prusia y la España; pero el Austria, pagada por la Inglaterra, fortificaba su milicia y nos hacia frente por el Rhin. Nosotros debíamos hacer una diversión por Italia para debilitar al Austria, para dar una lección á los pequeños príncipes que se habían ligado contra nosotros, y para dar por último á la guerra un carácter decidido que hasta entonces no tenía.

El plan era tan sencillo y de tanta conveniencia al Directorio (que necesitaba de buenos sucesos para lograr reputación) que me dí prisa á presentárselo, temiendo que otro se me anticipase: no experimentó contradicción, y fuí nombrado general en jefe del ejército de Italia, partí á tomar el mando y hallé que, con algunos socorros recibidos de España, tenía una fuerza de cincuenta mil hombres desprovistos de todo, menos de buena decisión que traté de poner á prueba. Pocos días después de mi llegada, á principios de Abril de de 1896, ordené un movimiento general sobre toda la línea que se extendía desde Niza hasta Savona.

Invadimos en tres dias todos los puestos Austro-Sardos que defendían las alturas de la Liguria, y el enemigo, que había sido atacado de improviso, se reunió y lo batimos en Montenolle donde lo encontramos el día 10: el 14 lo atacamos en Millesimo batiéndolo de nueve y separando á los austriacos de los piemonteses, que tomaron posición en Mondivi, en tanto que aquellos se retiraban sobre el Pó para cubrir la Lombardia.

En seguida batí á los piemonteses, y en otros tres dias me apoderé de todas las posesiones del Piemonte, hallándome á nueve leguas de Turin cuando remitieron un Ayndante de campo para pedirme la paz. Por la primera vez me consideré, no ya como un simple General, sino como un hombre llamado para tener

influencia en el destino de los pueblos: como un héroe de historia.

La paz trastornaba mis planes que no se limitaban á hacer la guerra en Italia, sino que eran dirigidos á conquistarla: conocía que dando estension al terreno de la revolución, daba también una base más sólida á su edificio, siendo el medio mejor de asegurar su resultado.

La corte del Piamonte nos había cedido todas sus plazas fuertes y entregado su país, siendo por consecuencia dueño de los Alpes y de los Apeninos y estando asegurado de nuestros puntos de apoyo, y tranquilos sobre nuestra retirada. En tan bella posición me dirigí á atacar á los austriacos. Pasé el Pó en Placencia y el Adda en Lodi, lo que no dejó de costarnos alguna dificultad; pero habiéndose retirado Beaulien, entré en Milán. Los austriacos hicieron increíbles esfuerzos por conquistar á Italia, y tuve que deshacer sus ejércitos cinco veces para quitarles toda esperanza.

Dueño de Italia era preciso establecer en ella el sistema de la revolución para unir este país á la Francia por principios é intereses comunes: quiere decir, era indispensable destruir el antiguo régimen para establecer la igualdad, piedra fundamental de la revolución. Para conseguirlo tenía que luchar con el clero, la nobleza, todos sus parciales, y cuantos dependían de ellos, y previendo la resistencia que me opondrían, determiné vencerlos con la autoridad de las armas, sin conmover al pueblo.

Era preciso identificar mi autoridad y mi lenguaje con las grandes acciones que había hecho, y como la revolución desterró de entre nosotros toda especie de dignidad, no podía restituir á la Francia su grandesa, pero al menos le dí el esplendor de las victorias y el idioma del poder.

Quise ser el protector, y no el conquistador de Ita-

lia, y lo conseguí manteniendo la disciplina en el ejército, castigando severamente á los revoltosos, y sobre todo, instituyendo la república Cesalpina. Por medio de esta institución satisface el voto pronunciado por los Italianos, de ser independientes, y les hice concebir grandes esperanzas, cuya realización dependía de que ellos se uniesen á nuestra causa, grangeando de este modo aliados á la Francia; y haciendo esta alianza duradera entre ambos pueblos, porque estaba fundada en servicios é intereses comunes, y porque sus opiniones y objeto eran unos mismos, sin cuya circunstancia habrían conservado su antigua enemistad.

Asegurado por lo respectivo á Italia, nada tenía que temer de introducirme al interior de Austria. Llegué á la vista de Viena, y firmé el tratado de Campo Formio, tan glorioso para la Francia.

El partido que yo favorecí el 18 fructidor, (4 de Septiembre) había quedado dominando la república. Lo favorecí porque era el mio, y porque era el único que podía sostener la revolución, pero á proporción que me ingería en ella, me convencía de ser indispensable llevarla á perfección, como fruto del siglo y de las opiniones, porque todo lo que entorpeciese su marcha sólo servía para prolongar la crisis.

La paz estaba ya hecha en el continente, y sólo permanecían las hostilidades con Inglaterra, pero hostilidades que nos constituían en inacción por falta de campo de batalla. Yo conocía hasta la evidencia mis recursos, pero no tenía donde emplearlos, y cierto de que para llamar la atención era indispensable emprender cosas extraordinarias (porque los hombres se pagan de lo maravilloso) determiné la expedición de Egipto, que aunque se ha querido atribuir á profundas combinaciones de parte mía, no tuve otra que la de no permanecer ocioso despues de la paz que acababa de concluir.

Esta expedición debía dar al universo una gran idea del poder de la Francia, y llamar la atención sobre el jefe que la intentaba; debía sorprender á la Europa resolucíon tan animosa, y eran más que suficientes motivos para llevarla á efecto, aunque yo no tenía el menor deseo de destronar al Gran Turco, ni de hacerme Bajá. Preparé la partida con un profundo sigilo, cual era necesario á su buen éxito, y á dar un carácter singular á la expedición.

Habiéndonos hecho á la vela me pareció oportuno destruir de paso la caballería de Malta, dedicada al servicio de los ingleses, por temor de que algunos restos de su antigua gloria la estimulasen á presentarnos oposicíon y causarnos retraso; pero por fortuna se rindieron con más ignominia que yo me había prometido.

La batalla de Aboukir destruyó nuestra escuadra, dejando dueño de los mares á los ingleses, desde cuyo momento pronostiqué que la expedición terminaría en una catástrofe, porque todo ejército que no se refuerza, acaba por capitular tarde ó temprano, pero era indispensable mantenerse en Egipto, puesto que no podía salir de allí, y aún me produjo fruto el hacer de la necesidad virtud.

Me encontraba con un buen ejército: era necesario ocuparlo, y sin otro motivo conquisté el Egipto, abriendo á las ciencias el más bello campo que jamás habían disfrutado. Los soldados estaban algo sorprendidos de hallarse en el patrimonio de Sesostris, pero sacaron partido de esto mismo; porque los divertía la extrañeza de ver un francés en medio de aquellas ruinas.

Nada tenía ya que hacer en Egipto, y me pareció curioso intentar la conquista de Palestina, cuya expedición era seductiva por lo que se encontraba de fabuloso, pero mal instruido de los obstáculos que se opondrían; llevé poca tropa, Situado al otro lado del

desierto supe que se habían reunido fuerzas en San Juan de Acre, y no pudiendo despreciarlas, me dirigí á ellas. Conocí por la resistencia que se hizo en la plaza, que estaba defendida por un ingeniero francés, me vi comprometido á levantar el sitio; haciendo una retirada penosa. Luché por la primera vez con los elementos, pero logré no ser vencido.

De vuelta á Egipto recibí (por la via de Tunez) diarios que me hicieron conocer el deplorable estado de la Francia, el envilecimiento del Directorio, y los progresos de la Coalición. Creí ser útil segunda vez á mi país. Nada me detenía en Egipto, cuya empresa había terminado: y considerando suficiente cualquier general para formar una capitulación que el tiempo haría inevitable, partí sin más intención que la de ponerme otra vez á la cabeza de los ejércitos y conducirlos á la victoria. Desembarqué en Frejus, y mi presencia excitó el entusiasmo popular. Mi gloria militar aseguraba á todos los que temían ser batidos, y como por donde quiera que pasaba se agolpaban los pueblos, dando á mi viaje un verdadero carácter de triunfo, comprendí desde mi llegada á Paris, que lo podía todo en Francia.

La debilidad del gobierno la había conducido á los bordes del precipicio, y la hallé en anarquía. Todos se apresuraban á salvar la patria, proponiendo al efecto planes que me confiaban, considerándome como el punto de apoyo de las conspiraciones. No había un hombre al frente de aquellos proyectos, que fuese capaz de manejarlos, y contaban conmigo porque necesitaban una espada. Yo no contaba con nadie, y estaba en libertad de seguir el plan que mejor me conviniese.

La fortuna me conducía á la cabeza del Estado; iba á encontrarme árbitro de la revolucíon porque no quería ser su jefe: esta investidura no me convenía. Llamado á preparar la suerte futura de la Francia, y aca-

so la del mundo, antes de hacer la guerra tenía por indispensable el establecer la paz, apagar las facciones, y poner los cimientos á mi autoridad, siendo necesario dar movimiento á esta gran máquina que se llama gobierno. Conocía el peso de la residencia que á ello se oponía, y hubiera preferido el simple ejercicio de la guerra, porque apreciaba la autoridad de un cuartel general, y la agitación de un campo de batalla. Veía por último en mí, más disposición para llevar á colmo la influencia militar de la Francia, que para gobernarla; pero me hallaba indeciso sobre el partido que debería abrazar, conociendo que la dominación del Directorio tocaba á su fin; que era preciso sustituirle una autoridad respetable para salvar el Estado, y que ninguna hay que lo sea tanto como la militar: que al Directorio no podía reemplazarlo sino yo, ó la anarquía, y que siendo la elección de la Francia bien poco dudosa, la opinión pública confirmaba la mía. Propuse que sostuviese al Directorio un Consulado (tan lejos estaba entonces de concebir la idea de un poder soberano). Los republicanos fueron de parecer que se eligiesen dos cónsules, y yo pedí que fuesen tres, porque no quería tener competidor, y me pertenecía de derecho el primer lugar en aquel tercio, que era todo lo que apetecía.

Los republicanos desconfiaron de mi propuesta, porque entrevieron un principio de dictadura en este triunvirato, y se coligaron contra mí. Ni aun la concurrencia de Sieyes les daba seguridad: éste se hallaba encargado de formar una Constitución, pero los jacobinos tenían más temor á mi espada, que confianza en la pluma de su viejo abate.

Todos los partidos se redujeron entonces á dos bandos; en el uno se encontraban los republicanos opuestos á mi elevación, y en el otro estaba toda la Francia que la pedía; siendo inevitable en aquella época, porque la mayoría lleva siempre consigo el triunfo.

Los primeros habían establecido su cuartel general en el Consejo de los 500, donde hicieron una buena defensa, y fué necesario ganar la batalla de St. Cloud para dar fin á esta revolución, en la que hubo momento que creí se hiciese por aclamación.

El voto común acababa de darme la primera dignidad del Estado, y la resistencia que se había opuesto no me causaba inquietud, porque procedía de gente contra quien obraba la opinión. Los realistas en nada se mezclaron, acomodándose con las circunstancias, y la masa de la nación tenía en mí su confianza, porque estaba cierta de que la revolución no podía tener mejor garante. Yo carecía de fuerza, si no me colocaba á la cabeza de sus intereses, pues si la hacian retrogradar, me hubiera encontrado en la situación de los Borbones.

Todo debía ser nuevo en la naturaleza de mi poder, con objeto á alimentar la ambición general, pero este poder tenía el defecto de no hallarse clasificado. Por la Constitución no era yo otra cosa que el primer Magistrado de la República, pero un Magistrado que en lugar de bastón, tenía espada por divisa de su autoridad. Mis derechos constitucionales eran incompatibles con el ascendiente de mi carácter y acciones: el pueblo lo conocía como yo, y no pudiendo permanecer aquel estado de cosas, cada uno tomaba sus medidas.

Rodeado de más cortesanos que los que necesitaba, no tomaba interés en mi engrandecimiento al paso que lo tenía y mucho, en la situación material de la Francia. Nosotros nos habíamos dejado batir; la Austria había reconquistado la Italia, y destruido mi obra; no teníamos ejército para tomar la ofensiva; no había un sueldo en las cajas del Estado, ni medio alguno de proveerlas; la conscripción se ejecutaba á placer de los corregidores; Sieyes nos había hecho una Constitución apática é insignificante que á todo ponía trabas cuanto constituye la fuerza de un Esta-

do se hallaba aniquilado, y sólo existía lo que causaba su debilidad; obligado por mi posición, creí deber pedir la paz. La podía pedir de buena fe, porque entonces era para mí una fortuna y más tarde hubiera sido una ignominia.

M. Pitt la rehusó, cometiendo la falta más grosera en que jamás ha incurrido hombre de Estado; perdió el único momento en que los aliados hubieran podido concluir la con seguridad, pues en el hecho de pedir la Francia se reconocía vencida, y los pueblos se ponían á cubierto de todos los reverses, menos del de consentir su oprobio. M. Pitt la rehusó, y con este procedimiento me excusó un error imperdonable, é hizo extensivo el imperio de la revolución en toda la Europa. Imperio que ni aun mi caída ha llegado á destruir. Si él hubiera querido entonces abandonar la Francia á sí misma, la hubiera reducido á sus límites.

Me fué necesario hacer la guerra; Massena se defendía en Génova, pero los ejércitos de la República no se atrevían á repasar el Rhin ni los Alpes; era necesario entrar en Italia y en Alemania, para dictar segunda vez la paz al Austria: tal era mi plan; pero no tenía soldados, cañones ni fusiles. Llamé los conscriptos, hice fabricar armas, desperté el sentimiento de honor nacional (que entre los franceses no ha hecho jamás otra cosa que adormecerse), y junté un ejército, la mitad de él vestido de paisano; la Europa se reía de mis soldados, pero pagó bien caro aquel momento de placer.

Sin embargo, no pudiéndose emprender abiertamente una campaña con semejante ejército, era necesario á lo menos atemorizar al enemigo y aprovechar de su sorpresa. El General Suchet lo traía hacia las gargantas del Niza. Massena prolongaba de día en día la defensa de Génova y yo partí avanzando hacia los Alpes. Mi presencia y el tamaño de la empresa, reanimó á los soldados; ellos estaban descalzos, pero no había uno que no quisiese ser el primero.

En ningún tiempo de mi vida he probado sensación igual á la que tuve al penetrar en las gargantas de los Alpes; los ecos repetían los gritos del ejército y me anunciaban una victoria, aunque incierta, muy probable; volvía á ver la Italia, teatro de mis primeras empresas; mis cañones trepaban lentamente por aquellas rocas; mis primeros granaderos alcanzaron, al fin, la cima de San Bernardo, y arrojando al aire sus sombreros guarnecidos de rojas plumas, dieron innumerables gritos de alegría; se nos flanquearon los Alpes, y bajamos precipitados como un torrente.

El General Lannes que mandaba la vanguardia, marchó á tomar á Ivree, Verceil y Pavía, asegurando el paso del Pó que hizo el ejército sin obstáculo. Soldados y generales éramos todos jóvenes y tratábamos de hacer fortuna; despreciábamos las fatigas y los riesgos, y á nada dábamos importancia sino á la gloria, que en ninguna parte se adquiere sino en el campo de batalla.

Al ruido de mi llegada, los austriacos maniobraron sobre Alejandría, y amontonados en esta plaza, en el momento en que yo aparecí al frente de las murallas, sus columnas se desplegaron delante de la Bormida. Las hice atacar; su artillería era superior á la mía, y quebrantó nuestros batallones, haciéndoles perder terreno; la línea la conservaban sólo dos batallones de la Guardia y la división 45, pero yo esperaba cuerpos que marchaban en escalones; llegó en efecto la división de Dessaix y se reunió toda la línea. Dessaix formó su columna de ataque y tomó á Marengo, donde se apoyaba el centro del enemigo, habiendo sido muerto este gran General en el momento en que decidía una inmortal victoria.

El enemigo se acogió bajo las murallas de Alejandría. Los puentes eran demasiado estrechos para pasarlos, y esto causó un horrible desorden; tomamos mucha artillería y batallones enteros. Rechazados los



austriacos á la parte de allá del Tánaro, sin comunicación, sin retirada; amenazándolos por la espalda Massena y Suchet; y teniendo á su frente un ejército victorioso, recibieron la ley. Mélas imploró capitulación, y la que se le concedió no tiene ejemplo en los fastos de la guerra; toda la Italia me fué restituida y el ejército vencido vino á rendir sus armas á los pies de nuestros conscriptos.

Aquel día fué el más bello de toda mi vida, porque fué uno de los más gloriosos para la Francia; todo había cambiado en su favor, iba á gozar de una paz que había conquistado, iba á disfrutar del sueño del león, iba á ser dichosa por su grandeza. Las facciones debían extinguirse porque la brillantez de los sucesos las sofocaba; el Vandée se tranquilizaba; los jacobinos se veían precisados á felicitarme en la victoria, que cedía en su provecho, y desaparecieron mis rivales.

El riesgo común y el entusiasmo público, habían reunido por un momento los partidos; y la seguridad los dividió, y como donde no hay un centro de poder irresistible, se encuentran hombres que esperan apropiárselo, sucedió esto con el mío. Mi autoridad no era otra cosa que una Magistratura temporal, y por consiguiente destructible; los que tenían vanidad y se creían con talentos me declararon la guerra, escogiendo el Tribunalado por su plaza de armas, desde donde me atacaban bajo el nombre de poder ejecutivo. Si yo hubiera cedido á sus declamaciones habría venido á tierra el Estado, que se hallaba con demasiados enemigos para dividir sus fuerzas y perder el tiempo en palabras; se acababa de sufrir una fuerte prueba, que aun no había sido suficiente para imponer silencio á los hombres que prefieren los intereses de su orgullo á los de la patria, pues se habían empeñado en hacerse partido popular, rehusando las imposiciones, desacreditando el gobierno, obstruyendo sus determinaciones é impidiendo la recluta de tropas.

A este paso en quince días hubiéramos sido presa del enemigo, pues no teníamos fuerzas que oponerle; mi poder estaba poco afianzado para ser invulnerable y el Consulado iba á acabar como el Directorio, si yo no hubiera destruido aquella oposición por un golpe de Estado. Depuse á los tribunos facciosos, á lo cual se dió el título de *eliminar*, y fué palabra que tuvo buena suerte.

Este pequeño acontecimiento (que hoy seguramente está olvidado) mudó el sistema de la Francia porque me obligó á romper con la república, que no debía considerarse existente desde el momento que la representación nacional dejó de ser inviolable. Semejante trastorno se hacía preciso, atendida la situación de la Francia en sí misma y respecto á la Europa. La revolución tenía interior y exteriormente enemigos demasiado enfurecidos que la obligaban á tomar una forma Dictatoria, como lo hicieron todas las repúblicas en los momentos de riesgo, y no siendo bueno sino en tiempo de paz, el equilibrio en las autoridades, cada vez que corría peligro la mía era preciso robustecerla para precaver las recaídas; quizá hubiera hecho mejor en abrogarme la Dictadura, ya que se me tachaba de aspirar á ella; cada cual habría hecho su juicio sobre lo que se llamaba mi ambición, y sin duda hubiera sido útil, porque la imaginación representa á los monstruos, mayores de lejos que de cerca; la Dictadura ofrecía la ventaja de impedir presagios futuros, de fijar la opinión y de intimidar al enemigo, haciéndole conocer la resolución de la Francia; pero yo no tenía necesidad de recibir esta autoridad de oficio, porque conocía que por sí misma venía á depositarse en mis manos, y que la ejercía de hecho aunque no de derecho, siendo suficiente para pasar la crisis y salvar la Francia y la revolución.

Mi deber me impelia á terminar esta revolución, dándole un carácter legal para que fuese reconocida y

legitimada por el derecho público de la Europa. Todas las revoluciones han pasado por los mismos trámites y la nuestra no podría disfrutar excepción, sino que por el contrario debía á su tiempo entrar en alternativa. Sabía que antes de proponerlo debía fijar los principios, consolidar la legislación y destruir sus excesos; me creía bastante para lograrlo, y no me engaño.

La revolución tenía por objeto la extinción de clases, ó lo que es lo mismo, la igualdad, y yo la respeté; la legislación debía arreglar sus principios, y yo establecí leyes en este concepto; los excesos se manifestaban en las facciones, yo los desprecié y desaparecieron; se mostraban también en la destrucción del culto, yo lo restablecí; en mantenerse emigrados los que lo estaban, yo les concedí amnistía; en el desorden general de la administración pública, yo la arreglé; en la ruina de la hacienda nacional, yo la restauré; en la falta de una autoridad capaz de contener á la Francia, yo le di esta autoridad, tomando las riendas del Estado.

Pocos hombres han hecho tanto como yo hice entonces, en tan poco tiempo. Algún día referirá la historia lo que era la Francia á mi advenimiento, y lo que era cuando dió la ley á la Europa.

No tuve necesidad de emplear un poder arbitrario para llenar tan extraordinarios objetos. Tal vez hubiera encontrado oposición en ejercitarlo, pero nunca lo quise, porque he detestado la arbitrariedad en un todo, como amante del orden y de las leyes. Establecí muchas, y las establecí severas y precisas, pero justas, porque la ley que no conoce excepción no puede menos de serlo. Las hice observar rigurosamente, porque era el deber del trono, pero las respeté; ellas me sobrevivirán, esta es la recompensa de mis tareas.

Todo parecía caminar á medida del deseo. El Estado renacía, el orden se reformaba, yo me ocupaba con

ardor en conseguirlo, pero conocía que faltaba una cosa á todo el sistema y era darle solidez.

Cualquiera que fuese mi deseo de consolidar la revolución advertía claramente que era necesario vencer grandes obstáculos para fijarla, porque había contradicción entre el antiguo y el nuevo régimen; estos formaban dos grades partidos, cuyos intereses obraban en sentido inverso, y siendo precario todo gobierno que subsiste en conformidad del antiguo derecho público, porque pugna con los principios de la revolución, aquel no podía excusarse de este riesgo, sino de acuerdo con el enemigo ó destruyéndolo, si se oponía á reconocerlo.

Esta lucha debía decidir en el último de los dos extremos, la renovación del orden social de la Europa; me hallaba á la cabeza de la facción que quería aniquilar el sistema seguido en el mundo desde la caída de los romanos, y por esta razón era el blanco del odio de cuantos tenían intereses en conservar las costumbres góticas. Un carácter menos decidido que el mío hubiera podido vacilar, dejando al tiempo resolver una parte de esta cuestión, pero luego que penetré el fondo de estas dos facciones, desde que ví que ellas dividían el globo como en tiempo de la reforma, conocí que no era posible convenirlas, porque sus intereses rozaban entre sí; comprendí que al abreviar la crisis era facilitar la conformidad de los pueblos con ella y que era necesario tener á nuestro favor más de la mitad de la Europa, para que la balanza se nos inclinase. Yo no podía lograrlo sino por la ley del más fuerte, que es la sola que tiene influjo en los pueblos, y por consiguiente era de rigurosa necesidad que yo poseyese esta fuerza, estando encargado, no sólo del gobierno de la Francia, sino de someter á ella el mundo entero, pues de lo contrario el mundo la hubiera aniquilado.

Jamás he tenido elección en los partidos: siempre